

Tertuliano

A LAS NACIONES

LIBRO PRIMERO

1. *Las causas del odio a los cristianos*

1. Es evidente el testimonio de vuestra ignorancia, la cual al defender la injusticia es ella misma vencida, pues todos los que con vosotros antes ignoraban y también con vosotros odiaban, a todos ellos ahora les acontece lo mismo: que comienzan a saber. Y dejan de odiar los que dejan de ignorar; es más, se hacen ellos mismos lo que odiaban y comienzan a odiar lo que antes habían sido². 2. Así pues os

quejáis de que el número de cristianos aumenta a diario; vociferáis diciendo que se han apoderado de la ciudad, que hay cristianos en los campos, en las aldeas, en las islas; os doléis de que personas de todo sexo, edad y dignidad se han pasado al otro bando, como si fuera un desastre. 3. Y por eso mismo no os animáis a considerar que algún bien escondido habrá en ello, pues no se desea conocer con rectitud, ni es agradable experimentar de cerca la sospecha: sólo en este caso la curiosidad humana se ha ofuscado³. 4. Deseáis ignorar lo que otros se alegran de haber encontrado; preferís desconocer, porque ya habéis concebido el odio, como si estuvierais seguros de que no odiaríais, si supierais. 5. Pero si no se encuentra ninguna causa del odio, será bueno apartarse de la injusticia cometida; y si, por el contrario, se encuentra una causa, nada se le restará al odio, porque entonces se añadirá el conocimiento [de la verdad] a la justicia. A no ser que avergüence retractarse o dé pereza excusarse.

6. Sé perfectamente con qué argumento soléis contestar al testimonio de nuestro crecimiento: no porque muchos se conviertan a una cosa y ésta los arrastre se juzga que es buena. 7. También yo he conocido el cambio de intención a las malas costumbres. ¿Cuántos son los desertores de la vida buena? ¿Cuántos los tráfugas hacia el mal? Muchos, incluso la mayoría, de buena fe, conforme se acerca el final de los tiempos⁴. 8. Sin embargo, esta comparación es poco ordenada. Pues a todos les consta el mal de tal manera que

no se atreverán a defenderlo en lugar del bien, incluso aquellos que se aproximan a aquél y pasan del bien al mal. 9. En consecuencia, tratan de esconderse, evitan aparecer [en público]. Apresados, tiemblan. Acusados, niegan. Cuando son torturados no siempre o fácilmente confiesan, mas ciertamente cuando son condenados se entristecen. Tienen temor para con sus torpezas, para sus impiedades, vergüenza. Se demuestran a sí mismos lo que eran y achacan al destino su paso de la inocencia a la mala conciencia. No admiten que el mal sea suyo, puesto que no lo pueden negar.

10. Pero los cristianos ¿por qué se comportan así? Ninguno se avergüenza, ninguno se arrepiente, salvo de su vida pasada. Si uno es delatado, se alegra; si es detenido, no se resiste; si es acusado, no se defiende; interrogado, confiesa; condenado, se alegra. ¿Qué mal es éste, en el que la naturaleza del mal desaparece?

2. El modo de juzgar de los paganos es injusto con los cristianos

1. En esta causa vosotros mismos juzgáis al contrario de como deben ser juzgados los criminales. Pues cuando os presentan a unos culpables, si niegan los hechos cometidos, con torturas les urgís a confesar, pero si se trata de cristianos que han confesado espontáneamente, les obligáis a negar. 2. ¿Por qué tanta perversidad para rechazar la confesión, para cambiar la finalidad de las torturas? ¿Por qué os agrada que se escape el reo y le empujáis a que niegue contra voluntad? Jueces de una verdad que sale de los tormentos, sólo queréis de nosotros la mentira: que digamos que no somos lo que en realidad somos. 3. Pienso que no queréis que seamos malos y por eso pretendéis excluirnos de esta categoría. ¿Realmente es esto lo que pretendéis y torturáis a los otros, para que nieguen lo que dicen ser? Por-

que si ellos niegan, no les creéis; a nosotros, en cambio, si negamos, nos creéis inmediatamente.

4. Si estáis tan seguros de que somos tan peligrosos ¿por qué nos tratáis, también en esto, de manera distinta que a los culpables? No digo que no deis espacio ni a la acusación ni a la defensa (pues no soléis condenar temerariamente a personas no acusadas e indefensas): 5. pero, por ejemplo, si se trata de un homicida, no se examina la causa o se termina el proceso⁵ nada más haber confesado el nombre de homicida (aunque difícilmente creéis a los confesos), 6. sino que además examináis las circunstancias: cuántas veces cometió el crimen, con qué armas, en qué lugar, con qué ganancias, cómplices, encubridores, de modo que no se oculte nada del inculpado o falte algún dato para instruir la verdad en la sentencia. 7. Además, a nosotros, que nos acusáis de los más atroces crímenes y de mayor número de delitos, nos instruís los sumarios más breves y rápidos: parece que no queréis que se cansen los que deseáis que sean condenados por todas sus obras, o no pensáis que se deban preguntar las cosas que ya conocéis.

8. Por eso es más perversa la situación, si nos obligáis a negar lo que conocéis perfectamente. Es más, dejando a un lado la forma de juzgar, ¿cuánto más correspondería a vuestro odio no esforzarse con tanto ahínco por conseguir la negación. Pues así no liberaríais a los que odiáis, sino que ob-

tendríais la confesión de cada uno de sus crímenes, con lo que se saciarían más vuestros rencores a causa de la acumulación de penas, cuando se descubra cuántas veces celebró cada uno aquellos banquetes, cuántas veces se cometieron los incestos en la oscuridad⁶! 9. ¿Qué más? ¿Habría que extender la indagación para erradicar ese género [de personas] y se debería ampliar la investigación entre los amigos y conocidos? Se habría condenado a las infanticidas y a los cocineros y a los mismos perros nupciales⁷: así se habría arreglado la situación. También se añadiría una gracia especial en los espectáculos, pues ¿con cuánta afición se iría al anfiteatro si se anunciaba que se iba a luchar contra quien ha devorado a cien niños! 10. Si se dicen de nosotros tantas cosas horrendas y monstruosas, deberían haberse publicado para que no pareciesen cosas increíbles y se enfriase el odio público contra nosotros. Pues la mayor parte de los hombres no da mucha credibilidad a tales cosas, honrando la naturaleza, que excluyó del género humano tanto el buscar alimentos bestiales como las relaciones del mismo género.

3. Alabanza del modo de juzgar y límites que tiene cuando se trata de juzgar a los cristianos

1. Así pues, vosotros que otras veces habéis sido los más diligentes y pertinaces perseguidores de crímenes mucho me-

nores, al abandonar esa diligencia ante éstos, tan horribles que exceden toda impiedad, sin admitir la confesión espontánea, que es trabajosa siempre para los que juzgan, y sin promover la investigación, que se debe aconsejar a los que tienen misión de condenar, parece que dirigís contra nosotros no el juicio por un crimen, sino por un nombre⁸. 2. Por tanto, si constase la verdad de los crímenes, se darían los nombres de los crímenes a los acusados, de modo que se pronunciase contra nosotros así: a aquel «homicida», «incestuoso», o cualquier otro cargo que se nos impute, «es conveniente apresarle, crucificarlo, entregarlo a las bestias». Ahora bien, vuestras sentencias nada dicen, sino que ha confesado ser cristiano; no consta ningún nombre de crimen, a no ser que el crimen sea sólo el nombre⁹.

3. Ésta es, por tanto, la verdadera razón de todo odio hacia nosotros: está en causa el nombre, pues cierta fuerza oculta se nos opone por medio de vuestra ignorancia, de modo que no queréis tener por cierto lo que vosotros estáis seguros de ignorar, siendo, como es, cierto y, efectivamente, no creéis las acciones que no se prueban y, para que no se prueben fácilmente, no queréis investigar, de modo que el nombre enemigo se condene por [mera] presunción de crímenes. 4. Por tanto, para apartarnos del nombre enemigo, se nos obliga a negar; negando se nos libera con absoluta impunidad de los hechos pasados y ya no somos asesinos ni incestuosos, puesto que hemos abandonado este nombre.

5. Pero, mientras la razón de vuestra oposición a este nombre se aclara en su lugar, decid: ¿Cuál es el crimen de un simple nombre? ¿Cuál es la ofensa? ¿Qué culpa hay? 6. Se os manda no oponeros a los crímenes que ni la ley re-

coge, ni la prueba confirma, ni la sentencia enumera¹⁰: lo que se presenta como defensa, lo que se inquiere del reo, lo que se responde o se niega, lo que se dice sobre la decisión, esto es lo que reconozco como sujeto a juicio. 7. Así pues, con razón [se juzga] del nombre, si hay algún reato en los meros nombres, si hay alguna acusación en razón de palabras, pero yo pienso que no hay ninguna reclamación [que hacer] al vocablo o al nombre, a no ser cuando algo suena bárbaro, o es desafortunado o impúdico o diferente a lo que convenga al que lo pronuncia o guste al que lo oye. 8. Estos son los crímenes de vocablos o nombres, como el barbarismo¹¹ de palabras y frases es un vicio, o el solecismo¹² o la figura sin gracia. Pero el nombre cristiano, en cuanto a la significación se refiere, es simplemente unción¹³. 9. Incluso cuando nos llamáis incorrectamente crestianos¹⁴ (pues ni siquiera estáis absolutamente seguros del nombre), también entonces se modula con suavidad y bondad. 10. Detenéis, pues, en hombres inocentes también nuestro nombre inocente, que no es ni incómodo a la lengua, ni áspero al oído, ni malo para nadie, ni contagioso para el semejante, sino que es griego entre otros muchos y sonoro, y de alegre significado. Y, sea como fuere, no han de castigarse los nombres con la espada, la cruz o las bestias.

4. El solo nombre de cristiano no constituye un crimen

1. Pero vosotros decís que se ha de castigar a [toda] una escuela por el nombre de su creador. En primer lugar, es una usanza lícita y probada dar a una escuela¹⁵ el nombre de su creador, de donde se llama a los filósofos también «pitagóricos» y «platónicos» por sus maestros; como a los médicos se les llama «erasistrateos» y a los gramáticos «aristarcos». 2. Así pues, si por un mal fundador es mala una escuela, el renuevo se castiga por el mal nombre. Pero esto sería una presunción temeraria. Sería preferible conocer al fundador para conocer la escuela, más que por examen de la escuela juzgar a su fundador. 3. Pero ahora necesariamente ignorando la escuela, puesto que ignoráis al creador, o no juzgando al fundador, puesto que no juzgáis la escuela, sólo os batís contra el nombre, como incluyendo en él a la escuela y su creador, a los que de ningún modo conocéis. 4. Sin embargo, está clara a los filósofos la libertad de pasarse de vosotros a una escuela, a su fundador y a su nombre, y ninguno les dirige sus odios, aunque ladran con toda la amargura de su discurso contra vuestras costumbres, ritos, cultos y alimentos, abierta y públicamente, con el desprecio de las leyes, sin respeto de las personas, de modo que algunos esgrimen su libertad impunemente, incluso contra sus propios emperadores.

5. Los filósofos ambicionan la verdad, tan odiada por nuestro tiempo¹⁶, pero los cristianos la poseen, y por tanto los que la poseen son despreciados, porque quien la ambiciona, se engaña, quien la posee, la defiende. 6. Por último,

Sócrates fue condenado por aquel aspecto por el que más de cerca había buscado la verdad, destruyendo vuestros dioses: aunque todavía no estaba el nombre cristiano sobre la tierra, ya era condenada la verdad. 7. No me negaréis que [Sócrates] era sabio, pues de él dio vuestro Apolo Pitio¹⁷ el testimonio de que «de entre todos los hombres el más sabio es Sócrates». Venció la verdad a Apolo, de modo que él mismo se pronunció en contra de sí; confesó que no era un dios, afirmando que era más sabio el que negaba los dioses. Pero, para vosotros es menos sabio porque niega los dioses, mientras que, en realidad, es sabio porque los niega.

8. Con esta costumbre también soléis decir de nosotros: «es un buen hombre Lucio Ticio, lástima que sea cristiano». Y, de la misma manera, dice otro: «Me sorprende que Cayo Seio, hombre de bien, se haya hecho cristiano». 9. Por la ceguera de la estupidez alaban lo que conocen, censuran lo que desconocen y contaminan lo que conocen con lo que no conocen. 10. A nadie se le ocurre que uno sea bueno y prudente por ser cristiano, o que es cristiano por ser bueno y prudente, a pesar de que sea más humano sentenciar las cosas ocultas por las manifiestas, que juzgar las manifiestas por las ocultas. 11. Algunos se admiran de quienes anteriormente, antes de tener este nombre, conocían como vagos, viles y de mala reputación, porque de repente se han enmendado; y, sin embargo, prefieren admirarse que imitarlos; otros luchan con tanta obstinación que se oponen a las propias ventajas que se pueden derivar de las relaciones con este nombre. 12. Sé de un marido, incluso de dos, antes muy preocupado por las costumbres de su mujer hasta tal punto que no toleraba ni siquiera el ruido de los ratones en la habitación sin una reacción de sospecha, y que cuando descubrió la causa de la nueva mansedumbre y del inusita-

do sometimiento, [dijo] que ofrecía toda la paciencia a su mujer, negó los celos, prefirió la prostituta a la cristiana; a sí mismo se permitió degradarse todavía más, a la mujer, en cambio, no le permitió mejorar en su conducta. 13. Un padre a su hijo, del que había dejado de quejarse¹⁸, lo desheredó; un señor a su esclavo, al cual había tenido por imprescindible, lo envió a la cárcel, pues cuando comprendió que era cristiano lo consideró culpable. 14. Pero el mismo comportamiento se evidencia por sí mismo y no manifestamos otra cosa sino nuestra propia bondad. ¿Acaso no irradian de igual manera los malos su maldad?, ¿o somos nosotros los únicos detestables que difundimos el bien, en contra de lo establecido por la naturaleza? 15. ¿Qué acción insigne mostramos sino, en primer lugar, la sabiduría, por la que no adoramos las frívolas obras de la mano humana; la abstinencia, por la que nos abstenemos de lo ajeno; el pudor, que no contaminamos ni con la vista; la misericordia, por la que nos apiadamos de los indigentes; la misma verdad, con la que os ofendemos; la mismísima libertad, por la que deseamos morir? El que quiera saber qué son los cristianos es necesario que emplee estos indicios.

5. El nombre designa realidad, pero algunos a los que llaman cristianos no lo son

1. Pues lo que decís: «son pésimos y depravados por su avaricia, lujuria y maldad» no lo negaremos de algunos; baste esto para la defensa de nuestro nombre: que no lo sean todos, ni muchos siquiera. 2. Pues es inevitable que en el cuerpo, aunque sea íntegro o puro, salga un lunar, o brote una verruga, o lo manche una peca. 3. Ninguna bonanza tan clara

limpia el mismo cielo, de modo que ni siquiera se dibuje la pequeña guedeja de alguna nubecilla; una pequeña mancha en la frente, en alguna parte expuesta, se ve mucho más claramente allí donde el conjunto está limpio. La mayor porción de bien emplea en su propio testimonio una pequeña cantidad de mal. 4. Cuando probáis que algunos de los nuestros son malos, no por eso probáis que todos los cristianos lo sean. ¡Buscad una escuela a la que se impute la malicia! 5. Incluso vosotros mismos cuando conferenciáis alguna vez contra nosotros decís: «¿Por qué ése defrauda, si los cristianos no lo hacen? ¿Por qué es tan cruel si suelen ser amables?». De esta manera dais testimonio de que no son así los cristianos, cuando pensáis por qué son así algunos que se dicen cristianos.

6. Mucha distancia hay entre el crimen y el nombre, entre la opinión y la verdad. Pues los nombres han sido instituidos de modo que tienen sus fronteras entre el decir y el ser. 7. ¿Cuántos se llaman filósofos y no cumplen la ley de la filosofía? 8. Todos llevan el nombre de lo que profesan. Pero si llevan el nombre sin la dignidad de la profesión, los que manchan la verdad con la apariencia del vocablo no es que lo sean porque se les llame así, sino que, puesto que no lo son, son llamados así en balde y engañan a los que atribuyen una realidad al nombre, dado que la utilización de un nombre hace referencia a una realidad. 9. Y, por otra parte, de este modo ni se congregan ni participan con nosotros, pues se pasan de nuevo a los vuestros por sus crímenes, puesto que ni siquiera nos mezclamos con aquellos, a quienes vuestra fuerza y crueldad obliga a renegar. 10. Pues más fácilmente se admitiría entre nosotros a desertores de la fe¹⁹, que lo son obligados, que a los que lo son voluntariamente. Además, llamáis sin motivo cristianos a los que niegan serlo, pero no pueden negar que [antes] lo eran.

6. El valor de las leyes injustas y su empleo contra los cristianos

1. Cada vez que se fuerza y coarta vuestra conciencia, testigo silencioso de su propia ignorancia, con estas proposiciones y respuestas nuestras, que sugiere la verdad por sí misma, os refugiáis enfebrados en un altar²⁰, esto es, en la autoridad de las leyes; porque ellas no castigarían a esta escuela si a los legisladores no les constase que lo merecían.

2. ¿Qué impide, pues, también a los jueces basarse en las leyes? Pues no se aplica el castigo de los demás crímenes, que igualmente se rechazan y prohíben por la ley, a no ser que se investigue antes. 3. Por ejemplo, uno es homicida o adúltero según la ley: se discute acerca de las circunstancias y, sin embargo, la naturaleza de lo cometido es conocida por todos.

4. Al cristiano lo castigan las leyes. Si lo que se ha hecho es propio de un cristiano, se debe sacar a la luz. Ninguna ley prohíbe investigar, siempre que la investigación se conduzca conforme a las leyes. ¿Cómo observarás la ley evitando lo que la ley prohíbe, si no puedes abstenerte de obrar porque te falta el conocimiento de lo que debes observar?

5. Ninguna ley debe a sí misma el reconocimiento de su justicia, sino a aquellos de los que recibe obediencia. Además, sospechosa ley sería, si no quisiera someterse a prueba.

6. ¿Con razón se consideran justas y dignas de reverencia y observancia las leyes contra los cristianos cuando se ignora lo que persiguen; pero después de conocerse, se descubre su iniquidad y se desprecian junto con sus espadas, patibulos y leones! 7. Ningún honor se merece la ley injusta: pero, según pienso, se duda de la justicia de algunas leyes, pues-

to que atemperáis diariamente su dureza e injusticia con nuevos decretos y mandatos.

7. El valor que se atribuya a los rumores del populacho ha de ser muy relativo

1. Y os preguntáis ¿de donde [viene], pues, que tantas cosas vuestras estén permitidas a los rumores²¹, cuyo testimonio apoya quizá a los promulgadores de la ley? ¿Quién es, os pregunto, el que sustenta la confianza en los rumores, unas veces sobre otros, otras con respecto a vosotros? 2. ¿No son «estos rumores un mal, más veloz que el cual no hay nada»²²? ¿Por qué ha de ser un mal, si fue un rumor verdadero? ¿O no es más que una mentira? Los rumores, ni siquiera cuando expresan una verdad, dejan de tener un extremado deseo de la mentira, de modo que [ésta] no cesa de juntar cosas falsas con las verdaderas añadiendo, quitando o confundiendo con pequeños cambios. 3. ¿Pues qué? ¿No se cumple, respecto a los rumores, la condición de que sólo permanecen porque son mentira? Perduran tanto tiempo cuanto nada prueban, pues desaparecen una vez comprobada la realidad y como si hubieran desempeñado ya su obligación de anunciar, mueren; después se tiene ya la realidad y se nombra lo que es cierto y nadie dice, por ejemplo «dicen que ha sucedido tal cosa en Roma» o bien «se ha difundido que uno ha obtenido una provincia», sino que se afirma «este ha obtenido la provincia» y «en Roma ha sucedido esto». 4. Nadie nombra los rumores a no ser que esté en la duda, pues nadie está cierto por los rumores sino por el conocimiento; nadie cree a los rumores sino los tontos, porque el sabio no se cree lo que es incierto.

5. Los rumores, aunque se hayan difundido mucho, es necesario que se hayan producido en algún momento en una única boca; después reptan, por así decir, en los conductos de las lenguas y oídos y la humildad de los orígenes oscurece un poco el vicio del rumor, para que nadie piense que aquella primera boca sembró la mentira, lo cual sucede frecuentemente, sea por lo ingenioso de la imitación, sea por la conveniencia de la sospecha, sea por el eterno placer de mentir.

6. Menos mal que el tiempo revela todas las cosas, como lo atestiguan vuestras afirmaciones y proverbios, y la misma naturaleza está ordenada de tal manera que nada se le esconde, incluso lo que los rumores no dicen.

7. Ved qué rumores tan generosos contra nosotros habéis preparado, porque lo que una vez nos adjudicaron y de lo que durante tanto tiempo han dado fe, no lo han podido probar todavía.

8. Este nombre²³ surgió en el tiempo de Augusto, con Tiberio²⁴ resplandeció su doctrina, mas en tiempos de Nerón prevaleció la condena, para que de aquí saquéis el juicio acerca de la persona del perseguidor: si aquel emperador fue piadoso²⁵, los cristianos son impíos; si fue justo y casto, los cristianos, en cambio, son injustos e incestuosos; si no fue un enemigo público, entonces nosotros lo somos: lo que somos lo demostró el que nos condenó, castigando cosas opuestas a sí mismo.

9. Y sin embargo, a pesar de haber hecho desaparecer todas sus cosas²⁶, ésta es la única institución neronia-

na²⁷ que ha permanecido, en fin algo justo como opuesto a su autor. 10. Así pues, no tenemos aún doscientos años. ¡Y entre tanto, cuántos inicuos! ¡Cuántas cruces divinizadas! ¡Cuántos niños asesinados! ¡Cuántos panes ensangrentados! ¡Cuántos desastres de lámparas²⁸! ¡Cuántos errores de casamientos! Y todavía los rumores sólo acusan a los cristianos. 11. Pues tienen un gran fundamento en el vicio del ingenio humano: mienten con más tranquilidad con cosas amargas y atroces. Cuanto más dados sois a la malicia, tanto más expuestos a fiaros del mal; además, más fácilmente se cree al falso mal que al verdadero bien. 12. Si la iniquidad hubiese dejado en vosotros algún espacio a la prudencia, la justicia exigiría averiguar [mejor], para examinar la credibilidad de los rumores, y [analizar] por quiénes hubiera podido el rumor extenderse entre el vulgo y también a toda la tierra. 13. No pienso que [fuera] por los mismos cristianos, puesto que por la forma y por la ley de nuestros misterios se debe guardar silencio, y más aún acerca de aquellos [sucesos] que si se divulgasen no evitarían el presente juicio provocando la enemistad de la humanidad. 14. Por tanto, si ellos mismos no son traidores de lo propio, se sigue que lo son

los extraños. Pero a estos extraños ¿de dónde les viene el conocimiento, puesto que los misterios, aun lícitos y justos, evitan todo testigo extraño, a no ser que [los ajenos] desprecien todavía menos las cosas ilícitas? Ahora bien, corresponde más a los extraños tanto el exagerar como el fingir.

15. Sin embargo, la curiosidad de los de casa se ha colado por resquicios y huecos. ¿Y qué si los esclavos os venden [la información] a vosotros, si esto mismo lo hacen con todos? Por ningún otro podemos ser mejor traicionados. ¡Cuanto más, si la atrocidad llega a tanto que la indignación destruye toda la confianza de la familia! ¡Cómo se habría podido callar lo que horrorizó a la mente, lo que aterrorizó la vista!

16. También es asombroso que aquel que se apresuró a delatar, movido por la impaciencia, no se preocupase de probarlo; y que aquel otro que lo oyó no se preocupase de verlo; puesto que es similar el efecto del delator, si prueba lo que atestigua, al de quien lo escucha, si comprueba lo que oye.

17. «Entonces —decís— se acusó primero y se probó; se oyó y se vio; y, desde entonces, comenzaron las habladurías». Esto sobrepasa toda capacidad de admiración: que haya ocurrido sólo una vez lo que se está admitiendo que sucede continuamente, a no ser que hayamos dejado de cometer aquellas acciones. 18. Pero se nos insulta lo mismo, se nos achacan las mismas acciones y cada día somos más en número: precisamente porque somos más, somos más odiados. Más crece el odio cuanto más aumenta su materia; y si crece el número de reos, ¿por qué no crece el de denunciantes?

19. Que yo sepa, nuestra actuación se ha conocido: sabéis incluso los días en que tienen lugar nuestras reuniones; así pues, se nos asedia y se nos presiona y se nos detiene en esas reuniones secretas. 20. ¿Quién ha llegado alguna vez a toparse con un cadáver medio comido? ¿Quién ha encontrado huellas de dientes en un trozo de pan ensangrentado? ¿Quién ha reconocido los indicios de alguna cosa inmundada, por no decir de incestos, cuando han desaparecido las tinieblas con

una luz repentina? 21. Si logramos con dinero que no se nos saque en público tal como se nos detiene, podríamos no ser sacados siquiera²⁹: ¿quién vende o compra la acusación de cualquier crimen sin la existencia del mismo crimen?

22. ¿Pero por qué me voy a defender de esos extraños espías y pruebas? ¿Para que os opongáis vosotros a tales cosas y no las presentemos nosotros mismos con gran publicidad? ¿Para que no sean atendidas inmediatamente, si se demuestran antes, o para que se encuentren después, si se ocultan por un tiempo? 23. Sin duda es costumbre entre los que quieren iniciarse³⁰ ir antes al maestrante o padre. Entonces éste dice: te hace falta un niño que aún dé pasos inciertos para sacrificarlo y un poco de pan para mojarlo en la sangre; 24. además unos candelabros que tiren al suelo unos perros atados a ellos³¹, y unas sobras para los mismos perros; tam-

bién tienes necesidad de una madre o de una hermana. ¿Y si no tienes nada de esto? Pienso que no podrías ser cristiano legítimo. 25. Ahora bien, os pregunto, ¿estas cosas se aceptan si son denunciadas por los ajenos? En realidad, no es preciso que éstos³² las conozcan. Primero se obra la acción del engaño: a los ignorantes se les presentan como banquetes o como bodas. ¡Nunca antes habían oído hablar de los misterios cristianos! 26. Sin embargo, es necesario que después conozcan lo que se hace, aunque sólo sea para introducir a otros. Además, ¡qué absurdo es que conozcan los profanos lo que no sabe el sacerdote! 27. Callan, pues, y aceptan, y no hacen de ello una tragedia como Tieste o Edipo, ni tampoco sustraen al pueblo de las manos de los ministros y maestros de la fe, pero una vez instruidos les arrancan trozos de carne a mordiscos. 28. Si nada de esto se prueba, hay que pensar en un gran misterio, que compensa el tener que tolerar tantas atrocidades.

29. Miserables paganos, y dignos de misericordia, os proponemos la respuesta de nuestra doctrina: les corresponde la vida eterna a quienes siguen y protegen [esta doctrina], y al contrario, a los profanos e imitadores les amenaza la condenación al fuego eterno; y se predica la resurrección de los muertos para ambas causas. 30. Veremos la creencia en estas cosas cuando se traten a su tiempo; mientras tanto creedlas como nosotros. Quiero saber si estáis preparados a pasar por medio de tales crímenes como nosotros. 31. Ven, si eres valiente, y hunde tu espada en un niño, o si es el cometido de otro, tú mira mientras tanto un alma inocente que muere antes de haber vivido; toma ciertamente un poco de sangre fresca, mojando un trozo de pan, y cómetelo con agrado;

32. entre tanto recuéstate, cuenta los puestos en donde tu madre o tu hermana ha tomado asiento; atiende diligentemente para que cuando se haga la oscuridad, que prueba la rapidez de cada uno, no te equivoques, yéndote a una extraña: ¡harías un sacrilegio, si no consiguieras hacer un incesto!

33. ¡Vivirás eternamente si cumples con estas cosas! Deseo que me respondas en qué consideración tienes la eternidad. Es más, por eso no crees. Y si creyeras, niego que quisieras [hacer estas cosas]. Y si quisieras, niego que pudieras. ¿Por qué, pues, pueden otros, si vosotros no podéis? ¿Por qué no podéis vosotros, si otros pueden? 34. ¿Queréis que cueste la impunidad cuanto la eternidad? ¿O es que os parece que todas estas cosas las hemos comprado a cualquier precio? ¿Es que tienen los cristianos más filas de dientes, otras cavidades bucales, otros nervios para el deleite incestuoso? No lo creo: ¡nos basta, pues, distinguírnos, por la mera verdad, de vuestra posición!

8. Rarezas de los cristianos, que han de ser considerados como un tercer tipo de género humano

1. Efectivamente, se nos llama «tercera generación»³³. ¿Somos alguno Cynopenna³⁴, Esciápodes³⁵ o Antípodas del

subsuelo? Si tenéis una razón, al menos, quisiera que habléis del primero y el segundo, para que también conste algo seguro del tercero. 2. En efecto, Psamético pensó haber encontrado el primer testimonio de un pueblo, investigando con cierto ingenio. Se dice que a unos niños recién nacidos los entregó a una nodriza para que los alimentase, lejos de toda relación humana, y aun a ésta le había cortado la lengua para que alejados de la voz humana no aprendiesen el habla de oído, sino que expresándose espontáneamente designasen al primer pueblo con el sonido que la naturaleza les dictase. 3. Como primera voz emitieron «beccos»; su traducción es el nombre de pan entre los frigios; y los frigios son tenidos desde entonces como el primer pueblo.

4. Ésta será aquí la única de las vanidades de vuestras fábulas que vamos a refutar buenamente, con lo que nos esforzaremos por demostrar que vuestra confianza se dedica más a las vanidades que a las verdades. 5. ¿Acaso será creíble que —extirpado este miembro, extraído e incluso cortado de raíz este órgano vital, castradas las fauces que incluso si se hieren desde fuera no es sin peligro, y saliendo el pus en las entrañas y, además, cesando por algún tiempo de entrar los alimentos— pueda mantenerse en vida la nodriza aquella? 6. Sea así. Sobreviviría con los medicamentos de Filomela³⁶, de quien piensan los más prudentes que era muda no por haberse cortado la lengua, sino por la vergüenza de haber perdido el pudor. 7. Si vivió, pudo decir algo: un sonido chato e inarticulado y un grito sin modulación de los labios, como puede forzarse la garganta sola, si se abre bien la boca y se

deja la lengua en reposo. 8. Por casualidad los niños produjeron este sonido más fácilmente, porque era el único, con un poco más de modulación, dado que éstos sí tenían lengua, y dieron pie a que se inventase semejante interpretación.

9. Sean, pues, primeros los frigios, pero no terceros los cristianos. ¿Cuántas series más de pueblos hubo tras los frigios? Pensad mejor, no vaya a ser que los que llamáis tercer género, obtengan el lugar principal, en el caso de que no queden pueblos [que] no [sean] cristianos. 10. Así pues, cualquiera que sea el primer pueblo, sería uno cristiano: ¡ridícula locura, pues nos decís últimos y, sin embargo, nos llamáis terceros!³⁷

11. Pero se nos llama tercer género por una creencia, no por la nación, de modo que existen romanos, judíos y por último cristianos. ¿Dónde están, entonces, los griegos?

12. O si se incluyen entre los romanos por sus creencias, puesto que Roma importó los dioses de Grecia, ¿dónde quedan los egipcios, también ellos, que yo sepa, de particular y curiosa religión? 13. Así pues, si tan monstruosos son los que ocupan el tercer lugar, ¿cómo habrán de ser considerados los que los preceden en primer y segundo puesto?

9. Los cristianos son acusados de provocar todos los desastres naturales

1. Pero, ¿por qué me admiro de vuestras vanidades, cuando de forma natural intervienen la malicia y la tonte-ría unidas y asociadas bajo el mismo patriarca del error?

2. Pues bien, porque no me admiro, es necesario que enu-

mere algunas cosas, para que vosotros reconociéndolo os sorprendáis del grado de estupidez al que llegáis los que pretendéis que nosotros somos la causa de toda calamidad pública o desastre. 3. Si el Tíber se ha desbordado, si el Nilo no se ha desbordado³⁸, si el cielo se paró³⁹, si la tierra se movió, si una epidemia veraniega devastó una región, si el hambre la afligió, inmediatamente se eleva la voz de todos: ¡por culpa de los cristianos! Como si a los que temen a Dios les diera igual temerlo a Él o a otra cosa.

4. Pienso que quienes despreciamos a vuestros dioses, provocamos estas invectivas tuyas. Como dijimos antes, todavía no tenemos ni doscientos años. 5. ¿Cuántas desgracias han sucedido antes de este tiempo sobre el mundo entero, en cada ciudad y provincia? ¿Cuántas guerras intestinas o contra otros? ¿Cuántas pestes, hambres, incendios, hundimientos y terremotos sufrió el mundo? 6. ¿Dónde estaban los cristianos cuando la tradición romana produjo tantas historias de sus sufrimientos? ¿Dónde estaban los cristianos cuando las islas de Hiera, Anafe, Delos, Rodos y Cea se hundieron con muchos miles de hombres, o la otra que rememora Platón, mayor que Asia o África hundida en el mar Atlántico⁴⁰? 7. ¿Y cuando a los Vulsinios les cayó fuego del cielo y a los tarpeios⁴¹

de su monte? ¿Y cuando por un terremoto desapareció el Mar Corintio? ¿Y cuando un cataclismo destruyó todo el orbe⁴²? 8. ¿Dónde estaban entonces, no digo ahora los cristianos que desprecian a los dioses, sino los mismos dioses vuestros, pues fueron posteriores a tales cataclismos, como lo prueban los lugares y las ciudades en los que nacieron, vivieron y están sepultados, e incluso fundaron? No habrían sobrevivido hasta hoy si hubiese sido aquél el último desastre del mundo.

9. Si no os preocupáis de releer y recordar los testimonios de otros tiempos que os han llegado por otros cauces, entonces es preciso que llaméis a vuestros dioses injustísimos, pues a causa de quienes los desprecian castigan también a quienes los honran; entonces vosotros mismos demostráis que os estáis equivocando, si presentáis unos dioses que no os distinguen de los merecimientos de los profanos. 10. Porque si, como dicen uno u otro a cual más tonto, se enfadan también con vosotros porque os despreocupáis de nuestro exterminio, queda manifiesta su debilidad y mediocridad: no se enfadarían con vosotros que cesáis de perseguir, si pudieran perseguir ellos mismos. 11. Aunque también confesáis esto de otro modo cuando pensáis vengarlos con nuestro castigo: si alguien tiene que defender a otro, el que defiende es el mayor. ¡Que os desagrade, pues, el hecho de que los dioses tengan que ser defendidos por el hombre!

10. Nadie más que los paganos utiliza e incluso pone en ridículo a sus propios dioses

1. Echad ya todos los venenos, golpead este nombre con todas las armas de la calumnia, no cesaré de defenderlo to-

davía más, pero al final las acusaciones se debilitarán con la exposición de toda nuestra doctrina. 2. Mas ahora estas mismas flechas las arrojaré contra vosotros, una vez arrancadas de nuestro cuerpo. Mostraré estas mismas heridas de los crímenes abiertas en vosotros, para que caigáis por vuestras propias espadas e invectivas⁴³.

3. En primer lugar, lo que nos reprocháis con una acusación genérica, el alejamiento de las tradiciones de los mayores, consideradlo una y otra vez, no vaya a ser que compartamos con vosotros este crimen. 4. Pues he aquí que veo, por todos los lados de la vida y la doctrina, la antigüedad no ya corrompida, sino destruida en vosotros. Sobre las leyes ya se ha dicho algo antes, porque las habéis destruido día tras día con nuevas decisiones e instituciones. 5. De las restantes disposiciones sobre las relaciones humanas es patente cuánto habéis cambiado con respecto a los mayores, en el culto, el vestido, la magnificencia, en la misma comida y la misma oratoria; pues abandonáis lo antiguo como rancio. 6. Excluida en todas partes la antigüedad, en los negocios, en la administración: vuestra autoridad desprecia toda la autoridad de los mayores. 7. Bien está, y es lo más digno de encomio para vosotros, pues alabáis siempre las antigüedades y no las rechazáis. Pero, ¿con qué perversidad vemos que se aprueban entre vosotros tantas cosas de los mayores que se debieron reprobar, mientras que rechazáis las que deberíais aprobar?⁴⁴.

8. Mostraré que igualmente destruí y despreciáis aquello transmitido por los antepasados que parece que custodiáis más fielmente, o por lo que, sobre todo, nos reputáis

reos de transgresión, de donde surge todo el odio al nombre cristiano: me refiero al culto de los dioses. 9. A no ser que fuera de esta manera: tenernos a nosotros por gente que desprecia a los dioses no tiene sentido, pues nadie desprecia lo que sabe con total seguridad que no existe. Sólo lo que existe se puede despreciar; lo que no es nada, nada sufre: únicamente es posible que hagan sufrir aquellos que existen para alguien. 10. Por eso precisamente graváis más vuestra conciencia, creyendo que existen y despreciándolos, dándoles culto y denigrándolos, honrándolos y atacándolos [a la vez].

11. Es preciso reconocer aquí, en primer lugar, que cuando cada uno de vosotros dais culto a unos cuantos dioses, a los que no dais culto los estáis despreciando ciertamente: la preferencia por uno no puede darse sin la ofensa del otro, ni se da una elección sin rechazo; quien de muchos toma uno, al que no elige, desprecia. 12. Pero no todos pueden dar culto a tantos y tan numerosos dioses, diréis vosotros. Ya habéis comenzado a despreciar, pues no temisteis nombrar tan gran número [de dioses] de modo que no todos pudieran recibir culto.

13. Pero también se descubre ahora que aquellos sapientísimos y prudentísimos predecesores vuestros, a cuyas instituciones no sabéis renunciar, máxime con respecto a las personas de vuestros dioses, fueron impíos. 14. Mentiría si dijera que nunca decretaron que ningún general dedicase un templo, que hubiera prometido antes en la guerra, antes de que el senado lo aprobara, como le sucedió a M. Emilio, que dedicó uno al dios Alburnio. 15. Y, sin embargo, se admitió algo absolutamente impío, es más, afrentoso en grado extremo: distribuir el honor de la divinidad según el arbitrio y el placer de la voluntad humana, como si no existiera un dios, a no ser que el senado lo permitiera. 16. Con frecuencia los censores, sin consultar al pueblo, demolieron templos; ciertamente los cónsules eliminaron a Liber

Pater⁴⁵ con su rito, por autoridad del senado, no sólo de Roma sino de toda Italia. 17. Por lo demás, recuerda Varrón⁴⁶ que se prohibió que Serapis⁴⁷, Isis⁴⁸, Harpócrates⁴⁹ y Anubis⁵⁰ estuvieran en el Capitolio y sus altares fueron destruidos por el senado y no se reconstruyeron sin participación de la fuerza popular. 18. Sin embargo, el cónsul Gabinio el primer día de enero, cuando apenas había autorizado los sacrificios ante la asamblea del pueblo, puesto que no había establecido nada sobre Serapis e Isis, tuvo en más la censura del senado que la energía del pueblo y prohibió reconstruir los altares.

19. Tenéis, pues, en vuestros mayores si no el nombre, al menos la doctrina cristiana que desprecia a los dioses. De ellos sería el crimen de lesa religión, si al menos vosotros estuvierais al reparo con vuestros honores, pero veo que habéis conspirado tanto en provecho de la superstición como de la impiedad. 20. ¡Qué irreligiosos sois! A los dioses privados, que adoptáis como lares y penates⁵¹ tras una consa-

gración doméstica, también con una doméstica licencia los deshonráis, vendiéndolos, o incluso empeñándolos, conforme a vuestra necesidad y voluntad. 21. Serían más tolerables los sacrilegios de este tipo de perversión, a no ser porque son todavía más perniciosos precisamente por eso: porque son pequeños. Pero las quejas de los dioses privados y domésticos sirven de algún modo de descanso, porque en la actuación pública los tratáis de un modo todavía más torpe y afrentoso. 22. En primer lugar, a éstos los lleváis a la almoneda, los entregáis a los recaudadores, cada quinquenio los nombráis en el primer puesto entre vuestros impuestos. De este modo, se va al serapeo y al capitolio; se proclama la subasta, se puja por la divinidad con la voz del mismo heraldo, con la recaudación del mismo cuestor. 23. Los campos más gravados de tributo son los más despreciables, y a las cabezas de los hombres más innobles se les pone precio (pues estas son las notas de la cautividad y del castigo): sin embargo, los dioses que más tributan son los más santos; mejor, al contrario: son más santos los que más tributan. 24. La majestad se prostituye con la ganancia, la religión se proscribía con el negocio, la santidad mendiga una adjudicación; exigís un pago por el suelo del templo, por la entrada del lugar sagrado, por las ofrendas, por los pequeños sacrificios; vendéis la divinidad entera: no es lícito ni siquiera venerarla gratis; más aprovecha a los recaudadores que a los sacerdotes.

25. No os basta el agravio de los impuestos sobre los dioses, que se debe juzgar como un desprecio, ni estáis contentos de no haber tenido ni siquiera respeto con ellos, sino que, si tenéis alguno, lo devaluáis con alguna acción indigna. 26. ¿Qué hacéis para honrarlos que no hagáis también igualmente con vuestros muertos? 27. ¿Construisteis templos para los dioses? También para los muertos. ¿Erigisteis altares a las divinidades? También a los difuntos. Escribís las mismas letras en sus inscripciones, dais las mismas formas a sus estatuas, conforme fueron su trabajo, negocio o

edad: un anciano se representa como Saturno, un imberbe como Apolo, una doncella como Diana, y el soldado se consagra en Marte y en Vulcano el herrero. 28. No hay nada de extraño si sacrificáis las mismas víctimas a los muertos que a los dioses y les ofrecéis los mismos olores.

29. ¿Quién excusará esta injuria que considera a los muertos como dioses? También a los reyes se adscribieron las funciones sacerdotales y los demás privilegios, como andas y carros, solisternia⁵² y banquetes fúnebres, fiestas y juegos⁵³. 30. Con razón, pues les está abierto el cielo, pero esto no se hace sin ofensa a los dioses, primero porque no les convendría añadirse otros a sí mismos, como si a ellos se les hubiera concedido hacerse dioses tras la muerte. 31. En segundo lugar, porque no perjuraría abierta y manifestamente ante el pueblo quien contempla al que ha sido admitido en el cielo, a no ser que despreciase a aquellos por los que juraba, tanto él mismo, como aquellos que le permiten perjurar. 32. Reconocen ellos mismos que no es nada lo que juran, incluso dan un premio al que públicamente desprecia a quienes castigan el perjurio. 33. Pero ¿tan pocos hay entre vosotros libres del perjurio? Es más, precisamente se ha desvanecido el peligro de perjurio respecto a los dioses, pues ahora está más asumida la obligación de jurar por el emperador, lo cual es causa del menosprecio de vuestros dioses, pues ¡más fácilmente se castigaría a los que perjuran ante el emperador que ante algún Júpiter!

34. Pero es más honesto el desprecio, puesto que tiene cierto timbre de gloria procedente del orgullo; procede la gloria, también alguna vez, de la confianza o de la seguridad de la conciencia o de la natural sublimidad del ánimo;

pero la burla cuanto más lasciva más expuesta está al mordisco de la injuria. 35. Reconoced, pues, cuánto os burláis de vuestros númenes. No digo cómo sois en los sacrificios, puesto que sacrificáis todo tipo de víctimas ya muertas y putrefactas, mientras que de las gruesas e íntegras sólo ofrecéis las cabezas, vacías de enjundia, las uñas, y los recortes de las plumas y cerdas y todo lo que tiraríais en vuestra casa. 36. Omito las cosas que convienen más de cerca a la religión de los mayores que parecerían robos⁵⁴ o glotonería sacrílegos: pues siempre existen doctísimos, gente de muchísimo peso, conforme se cree que la gravedad y prudencia con respecto a esta doctrina crece en ellos, que son muy irreverentes hacia vuestros dioses, y no cesa la literatura de nombrarlos, aunque se deduzca de los dioses algo torpe, o cosas vanas o falsas. 37. Comenzaré por vuestro propio poeta, del que sacáis toda ley y toda justicia⁵⁵, a quien concedisteis tanto honor cuanto quitasteis a vuestros dioses, y quien se burló de ellos engrandeciéndolos. 38. Ahora recordamos a Homero: pienso que él es quien trató la divina majestad conforme a la naturaleza humana, aplicando a los dioses caídas y pasiones humanas, quien acomodó, en cierto modo, pares de antagonistas de diverso favor entre el público. 39. A Venus la hiere con una flecha⁵⁶, a Marte lo detiene trece meses con cadenas y casi lo hace perecer; casi lo mismo hace soportar a Júpiter, padeciendo a manos de la plebe celestial o le hace sacudir las lágrimas sobre Sarpedón⁵⁷, o lo une indecentemente lujurioso a Juno, recordando su deseo de placer con el recuerdo y recuento de sus amigas. 40. Después,

¿cuál de los poetas no es insolente con los dioses por mandato de su propio emperador, sea diciendo la verdad, sea fingiendo cosas falsas? Ni los trágicos, siquiera, ni los cómicos se excusaron de propalar las calamidades y penas de un dios.

41. Callo acerca de los filósofos, a los que la soberbia de la severidad y la dureza de la disciplina los hace seguros de todo temor; algún soplo de verdad los eleva sobre los dioses. 42. Por último Sócrates jura por la encina, el perro y el cabrito para ofensa de aquéllos⁵⁸. Pues aunque por esto fue condenado, dado que a los atenienses les dolió la condena y condenaron también a los acusadores, se restituyó el testimonio a Sócrates y puedo demostrar que se le probó lo que ahora se nos achaca a nosotros. 43. También Diógenes no sé que cosa curiosa dice de Hércules. Y Varrón, un Diógenes al estilo romano, indica que hay que hablar de trescientos Júpiteres⁵⁹ sin cabezas.

44. Otras ocurrencias lascivas imponen también vuestros placeres a la conveniencia de los dioses. Despreciad entre vosotros la sacrílega atracción de léntulos y hostilios⁶⁰, ya os riais en vuestras poesías y juegos de los mimos ya de los dioses; pero recibís con gran placer composiciones histriónicas, que hablan de todas las miserias de los dioses. 45. Se prostituyen ante vosotros sus majestades con un cuerpo impuro; la estatua de cualquier dios la adorna una cabeza minúscula y famosa⁶¹. Lloro el Sol a su hijo muerto por el

rayo, mientras os reís vosotros; Cibeles suspira por un pastor impertinente y vosotros no os sonrojáis, y soportáis que se salmodien las alabanzas a Júpiter.

46. Verdaderamente sois más religiosos en el escenario de los gladiadores, donde, sobre la sangre humana y sobre las salpicaduras de las penas, bailan los argumentos de vuestro dios y las historias para condenar a los culpables, o se castiga a los culpables en el papel de los mismos dioses⁶².

47. Hemos visto frecuentemente⁶³ a Atis⁶⁴, el dios castrado de Pesinunte⁶⁵, y otro disfrazado de Hércules que se quemaba vivo; también nos reímos en el divertimento de los dioses del juego de mediodía, en el que el padre Ditis, hermano de Júpiter, aplana las exequias de los gladiadores con un martillo; en el que Mercurio, calvo y con plumas, con su caduceo⁶⁶ en llamas, prueba con el cauterio si los cuerpos están verdaderamente muertos o lo simulan. 48. Cada una de estas cosas, y las que todavía podría investigar alguien, si inquietan el honor de la divinidad, si asolan el culmen de la majestad, hacen pensar en el desprecio, tanto de aquellos que obran de este modo, como de aquellos otros que son así representados. 49. No sé por qué no se quejan vuestros dioses más de vosotros que de nosotros. Por un lado los adúlais, reparáis si en algo habéis errado y al final os es lícito

oponeros a aquellos que quisisteis que existieran. Nosotros, en cambio, nos oponemos a ellos del todo.

11. Tácito acusa falsamente a los judíos de adorar un borrico

1. Y en este nombre⁶⁷ no sólo encontráis la religión común abandonada, sino también admitida una monstruosa superstición. Pues, como algunos más, habéis soñado que nuestro Dios es una cabeza de asno: fue Cornelio Tácito quien hizo esta conjetura. 2. Éste, en la cuarta de sus historias, donde trata sobre la guerra judaica, comenzando por el origen de este pueblo, y argumentando tanto sobre el mismo origen como acerca del nombre de la religión, según le pareció, relata que los judíos en una expedición a lugares inhóspitos en los que sufrieron escasez de agua, salieron airoso por los onagros, a los que se consideraba capaces de encontrar agua [cuando buscan] el pasto, que les indicaron las fuentes y así, por este favor, los judíos adoran una representación similar de esta bestia. 3. De ahí, me parece, se presumió que también a nosotros, como próximos a la religión judía, se nos inicia⁶⁸ a la misma representación. Pero

este mismo Cornelio Tácito, charlatán mentiroso, se olvida de lo que ha afirmado y cuenta más adelante que Pompeyo Magno fue al templo de Jerusalén, cuando venció y capturó a los judíos, y registrándolo no encontró ni rastro de estatua. 4. ¿Dónde estuvo entonces este dios? Quizá en ninguna otra parte más que en este templo tan memorable, generalmente cerrado a todos excepto a los sacerdotes, para que no se adorase a un extraño.

5. Pero ¿por qué me defiende con una confesión temporal de todas las cosas que se os han de transferir a vosotros por igual? Aceptemos que nuestro Dios es un cierto personaje asnal: ciertamente no negaréis que también vosotros lo adoráis como nosotros. 6. Sí, en efecto. Vosotros adoráis a todos los asnos con su Epona⁶⁹ y a todos los jumentos y ovejas y bestias que, además, consagráis junto con sus pesebres. Quizá por esto nos acusáis de crimen, por el hecho de que entre los adoradores de todos los animales, nosotros sólo adoramos un asno⁷⁰.

12. La cruz se encuentra también en las manifestaciones religiosas de la tradición pagana

1. Y también quien afirma que somos pontífices de la cruz, será sacerdote con nosotros. La esencia de la cruz consiste en que es un signo hecho de madera: también vosotros adoráis objetos de esta materia con una efigie. 2. Aunque como el vuestro es una figura humana, también el nuestro

tiene una propia. Da lo mismo la figura que tenga, mientras sea de esa misma esencia; da lo mismo la forma, mientras sea el cuerpo del dios. 3. Porque si la diferencia consiste en esto ¿cuánto se distingue del árbol de la cruz, la Palas Ática o la Ceres Faria que se representa con un rudo palo sin forma y con una simple vara de leña informe? Una parte de la cruz, y quizá la mayor, es todo poste entero que se fija en modo recto y de pie. 4. Pero a nosotros se nos imputa la cruz entera, es decir, con su travesaño y con aquel saliente para apoyarse. ¡Por eso vosotros, que habéis consagrado un leño mutilado y truncado, sois irreprochables, porque otros lo han consagrado completo y recto!

5. Por lo demás, vosotros tenéis también una religión entera de una cruz entera, como os mostraré. Pues ignoráis que el mismo origen de vuestros dioses procede de este patíbulo. 6. En efecto, a toda imagen, sea que se esculpa en madera o piedra, sea que se funda en bronce o se produzca con cualquier otra materia digna, es necesario que la precedan las manos del escultor. 7. La modelación requiere con anterioridad el árbol de la cruz, porque éste está también en nuestro cuerpo por medio de una implícita y secreta línea de la cruz, pues la cabeza sobresale, la columna vertebral es recta y el cruce de los hombros [la atraviesa]: si se pone a un hombre con los brazos extendidos, se obtiene una imagen de la cruz. 8. Superponiendo la arcilla a este esbozo y especie de soporte, poco a poco completa los miembros, construye el cuerpo, y el recubrimiento que mejor le pareció, de arcilla, lleva dentro una cruz. 9. Después, con el compás y los moldes de plomo, el esbozo de estatua pasará al mármol, al barro, o al bronce o a la plata, o a cualquier materia de que se quiera hacer al dios. De la cruz, la arcilla; de la arcilla el dios: en cierto modo pasa la cruz al dios por medio de la arcilla.

10. Así pues consagrais una cruz, y de ésta toma origen lo consagrado. Pongamos un ejemplo: en efecto, de un hueso

de aceituna, de la nuez de un melocotón, de un grano de mostaza, atemperados bajo tierra, surge un árbol con las ramas, hojas y configuración de su especie. 11. Si lo trasplantas o si injertas alguna de sus ramas en otra especie ¿a quién se le atribuirá lo que proviene del injerto?, ¿no será a aquel grano, o nuez o semilla? Pues cuando el tercer grado de parentesco se une al segundo e igualmente el segundo al primero, el tercero se refiere al primero emparentado a través del segundo. 12. Y no hay que argumentar más sobre esto, cuando por prescripción natural toda especie refiere su genealogía a su propio origen, y cuanto más se hace depender la especie de su origen, tanto más conviene éste a aquella. 13. Por tanto, si en el género de los dioses adoráis la cruz como su origen, este será el núcleo y semilla primordial, de los cuales, según vosotros, se propagan las selvas de estatuas.

14. Pasemos ya a las cosas manifiestas. Veneráis las victorias como si fueran divinidades, y de manera más solemne cuanto más propicias son. Para que la consagración no exalte algo en modo más alto, las cruces serán en cierto modo también la parte interna de los trofeos⁷¹; así pues, también en las victorias el culto militar adora las cruces. 15. Este adora las enseñas⁷², jura ante ellas, las antepone al mismo Júpiter: pero este mismo amontonamiento de imágenes, y todo el culto del oro, son collares de las cruces. 16. Así también los colgantes en los estandartes y enseñas, que la milicia custodia con no menor veneración, son vestiduras de cruces. ¡Pienso que os avergonzáis de adorar cruces rudas y desnudas!

13. *El domingo es el día del culto cristiano, pero los paganos también tienen sus días*

1. Otros, más caritativamente, piensan que el Dios cristiano es el sol, porque es conocido que hacemos nuestra oración hacia el oriente, o hacemos fiestas el día del sol⁷³.
2. ¿Y qué hacéis, si no, vosotros? ¿Acaso no es verdad que muchos de vosotros, con la intención de adorar, alguna vez también hacéis vibrar los labios⁷⁴ al cielo cuando sale el sol?
3. También vosotros, es innegable, habéis puesto al sol en el registro de los siete días⁷⁵, y de los siete elegís uno⁷⁶ para sustraerlo al baño o para diferirlo a la tarde, o para preocuparos del ocio y la comida. 4. Esto realmente lo hacéis pasándoos de las religiones vuestras a las ajenas, pues son fiestas judías los sábados, la cena ritual y los ritos judíos de las lucernas y los ayunos con ázimos y las oraciones en las riberas, que son ciertamente cosas ajenas a vuestros dioses. 5. Por eso, para volver del *excursus*, vosotros, que nos reprocháis el sol y su día, reconoced también vuestra cercanía: ¡No estamos lejos de Saturno y vuestros sábados⁷⁷!

14. *Origen de una representación blasfema y sus paralelos en el mundo pagano*

1. Ahora hay un nuevo rumor sobre nuestro Dios, pues recientemente un criminal en esta ciudad, y desertor de su propia religión, judío sólo por la circuncisión, quizá más después de las dentelladas de las bestias, de tal manera que metiéndose entre ellas todos los días se despelleja todo el cuerpo y se circuncida⁷⁸; éste presentó una pintura contra nosotros con esta inscripción: adoradores de bestias⁷⁹. Esta representación tenía las orejas de burro, con toga, un libro y los pies en forma de pezuñas⁸⁰. 2. Y creyó el vulgo a este

judío. ¿Qué otra raza es el origen de nuestra infamia? De ahí que se nos dice ya en toda la ciudad «adoradores de bestias». 3. También esto, aunque ya sea antiguo y desautorizado con el paso del tiempo y sumamente débil por la cualidad de su autor, lo voy a tomar con gusto con la intención de desarticularlo. Veamos, pues, si aquí también se os descubre en el mismo delito que a nosotros. 4. No interesa en qué forma, mientras nos ocupemos de imágenes deformadas. Hay entre vosotros dioses con cabeza de perro, de león, de vaca, de cordero, de cabra, cornudos, con forma de cabra o de serpientes, con alas en los pies, en la frente y en la espalda. ¿Por qué os fijáis sólo en el nuestro? ¡Más adoradores de bestias se encuentran entre vosotros!

15. Ante la acusación de infanticidio tampoco están libres los paganos, que tienen la costumbre de abortar

1. Si estamos en condiciones de igualdad sobre los dioses, se sigue que tampoco hay ninguna diferencia entre nosotros respecto a los sacrificios o al culto, de modo que por ambas partes es adecuada la comparación. 2. Nosotros sacrificamos o iniciamos⁸¹ con un infanticidio. Vosotros, si se han escapado a vuestra memoria las causas que os han forzado a realizar el asesinato y el infanticidio, las reconoceréis en su momento: ahora diferimos la mayor parte de estas

cosas, para no parecer que nos repetimos en todo. 3. Entre tanto, como dije, no falta la semejanza por ninguna de ambas partes. Pues aunque no lo seáis de la misma manera, igualmente sois infanticidas de otro modo⁸², vosotros que matando a los niños recién nacidos, lo prohibís por ley; pero ninguna ley se elude tan impunemente, con tanta seguridad, bajo el conocimiento de todos, como las tablillas del registro de un guardián del templo⁸³. 4. Mas tampoco hay mucha diferencia si vosotros no matáis en un rito sagrado ni con el hierro⁸⁴, puesto que es más cruel la acción si los exponéis al frío, al hambre o a los animales, o más lento el suplicio en el agua, si es que los anegáis⁸⁵. 5. Mas también, si en algo se diferencia [el hecho] con respecto a nosotros, añadid esto: que anuláis vuestras prendas⁸⁶, y se completará, es más, se acumulará sobre vosotros cuanto falte en vuestra cuenta.

6. Se dice que comemos de una ofrenda de impiedad. Pero que esto se os reconoce también a vosotros, está demostrado en lugar más oportuno: no nos alejamos mucho de vuestra voracidad. 7. Si aquella es impúdica, y la nuestra es cruel, estamos unidos, si acaso, en la naturaleza, en la que concuerda siempre la crueldad con la indecencia. 8. Aunque ¿cuánto menos hacéis que nosotros —o, mejor dicho— qué más no hacéis vosotros? ¿Acaso abríis menos la boca para devorar vísceras humanas porque los devoráis

vivos y ya crecidos? ¿Es que laméis poca sangre humana a base de derramar la que se está haciendo? ¿O coméis pocos niños porque extirpáis los que aún no se han formado⁸⁷?

16. La acusación de incesto a los cristianos refleja las depravadas costumbres de los paganos

1. Hemos llegado a la hora de los candelabros, de las funciones de los perros y de la iniciativa de las tinieblas. En este lugar me temo que cederé: ¿qué cosa similar encontraría en vosotros? 2. Al menos alabad nuestra decisión de un decente incesto, porque hemos inventado una noche adúltera⁸⁸ para no contaminar la luz o la noche legítima; porque hemos pensado en perdonar a las luces terrenas; porque engañamos a nuestra propia conciencia: sospechamos de todo lo que hacemos, si queremos⁸⁹. 3. Por lo demás, vuestros incestos, con su libertad, gozan de toda luz, de toda noche y de toda consciencia del cielo, y porque suceda más felizmente, cuando cometéis incestos, siendo conocedor todo el cielo, sólo vosotros los ignoráis⁹⁰; nosotros, en cambio, podemos reconocer incluso en la oscuridad nuestros crímenes.

4. Ciertamente los persas, nos informa Ctesias⁹¹, obran libremente con sus propias madres, siendo conscientes de ello y sin horrorizarse. Los macedonios, por su parte, se

sabe que aquello que aprobaron lo repiten abiertamente, y así, cuando entró por primera vez Edipo en la escena con los ojos cegados⁹², lo recibieron con risas y burlas. 5. El actor consternado quitándose la máscara dijo: «¿Acaso, señores, os he disgustado?». Respondieron los macedonios: «No, tú lo has hecho impecablemente, pero el escritor ha sido poco lúcido si se inventó la acción, o Edipo un loco si obró así». Y a continuación se decían unos a otros: ἤλαυνε εἰς τὴν μητέρα⁹³. 6. Pero uno o dos pueblos ¡qué pequeña mancha son en todo el universo! Nosotros hemos infectado todo el suelo, hemos manchado todo el océano. Dadnos, pues, el nombre de una nación que sea ajena a aquellas cosas que atraen a todo el género humano al incesto. 7. Si algún pueblo carece del acto matrimonial mismo y de la necesidad de la edad y el sexo, por no decir de libido y lujuria, éste será el que carece de incesto; 8. si alguno de ellos posee una naturaleza tan alejada de la condición humana que no esté sometida ni a la ignorancia ni al error ni al azar, éste será el único que podrá responder constantemente a los cristianos.

9. Mirad, pues, la lujuria que fluctúa entre derrotas y vientos, y si faltan pueblos a los que impulsen a este crimen los vados anchos y ásperos del error. 10. En primer lugar, cuando exponéis a vuestros hijos a la compasión ajena o para su adopción por mejores padres, ¿olvidáis cuánta materia se suministra al incesto y cuánta ocasión se abre a nuevas caídas? 11. Efectivamente, debido a una educación más severa o por respeto a ciertas eventualidades, os separáis del placer, en cualquier lugar, en la patria o lejos de ella, para que la

dispersión de las semillas y los asaltos de la lujuria en todas partes no den a la luz hijos no deseados, no vayan a ir contra ellos después sus mismos padres u otros hijos, ya que el paso de los años no modera el afán de placer. 12. Cuantos adulterios haya, cuantos estupro, cuantas proposiciones, en casa o en la calle, de público deseo, tantas mezclas de sangre habrá, tantas uniones indecentes, tantas vías al incesto. 13. Por eso, de ahí fluyen las fuentes de los argumentos de mimos y comediantes; y de ahí surgió antes esta tragedia, juzgada por el prefecto de la urbe Fusciano.

14. Un niño de honesto linaje, por una negligencia casual de quienes lo acompañaban, se asomó más de la cuenta a la puerta y, arrastrado por algunos que pasaban por el camino, fue sustraído de casa. Quien lo capturó fue el inepto griego que lo educaba, o al menos alguien con aspecto griego que pasando el umbral se lo llevó. 15. Tiempo después, ya muy cambiado por la edad, lo llevaron de nuevo a Roma para venderlo. Pero he aquí que lo compró su imprudente padre y lo trató a la griega⁹⁴; después, según era costumbre, el señor llevó al adolescente al campo y lo esclavizó⁹⁵. 16. Allí estaban, cumpliendo condena, el pedagogo y la nodriza. Se les hace presente de nuevo todo el caso y se cuentan mutuamente su vida: ellos afirman que se les perdió un niño pequeño; él responde que también se perdió de pequeño, por lo demás en la misma época: y que nació en Roma en una familia honesta; que quizá puedan encontrar algún signo. 17. Así pues, sucede sólo por voluntad de Dios que tanta pena se pruebe en el mundo; su espíritu es atormentado cada día más, los tiempos se co-

rresponden con la edad del niño; los ojos algo recuerdan también de la fisonomía, se reconocen algunas propiedades del cuerpo. 18. A los señores, en realidad ahora ya padres, sólo les mueve ahora la urgencia de la indagación apenas comenzada; incluso se busca al vendedor y se le encuentra desgraciadamente. 19. Los padres, una vez revelado el crimen, buscan el remedio colgándose, el prefecto adscribe al hijo, que sobrevive por desgracia, los bienes, no como herencia sino como compensación de estupro e incesto.

20. Bastaría un único ejemplo de la manifestación pública de los crímenes ocultos entre vosotros, pues nada ha sucedido una sola vez en las cuestiones humanas, aunque solamente una vez pueda demostrarse. Así pues, atacáis los misterios de nuestra religión a pesar de que existen cosas semejantes entre vosotros, aunque ni siquiera sean misterios.

17. La obligación de rendir culto a los emperadores es absurda y ni siquiera los mismos paganos la cumplen

1. Si tenéis algo que decir acerca de la obstinación y presunción nuestras, no resisten estas cosas la comparación entre ambas partes. 2. La primera obstinación es la que se refiere a la majestad del César, un culto que sigue, en segundo término, tras los dioses; pues bien se nos acusa de ser irreligiosos con respecto a los emperadores, ya que no les ofrecemos sacrificios propiciatorios, ni juramos a sus genios⁶. 3. Se nos considera enemigos del pueblo. Será verdad, puesto que a diario hacéis césares a gente de entre los partos, medos y germanos. En este asunto vea qué hace la nación romana, pues entre éstos hay pueblos indómitos y

extraños. 4. ¡Pero vosotros —decís— que sois de los nuestros, conspiráis contra nosotros! No tenemos duda de la lealtad de los romanos a sus césares: ¡Nunca hubo conjuraciones, ni una gota de sangre del César se vio nunca en el senado, ni en los mismos palacios, nunca en las provincias una magistratura codiciada! ¡Aún huele a cadáveres la Siria, aún no se pueden lavar los galos en su Ródano!

5. Mas omito los crímenes de insensatez, pues estos no son admitidos por los romanos; pasaré a los sacrilegios debidos a la vanidad y reconoceré la irreverencia del propio pueblo nativo y los escritos satíricos que las estatuas bien conocen, y aquellas cosas indirectamente dichas alguna vez por una asamblea y las maldiciones que resuenan en el circo: si no sois rebeldes con las armas, lo sois siempre con la lengua.

6. Me parece que es cosa distinta no jurar por el genio del emperador: se duda con motivo de los perjuros, pues vosotros no juráis por vuestros dioses con verdad. 7. No decimos que el emperador sea un dios: de estas acusaciones, como afirma el vulgo, hacemos bromas. 8. Es más, los que decís que el emperador es un dios, no sólo os burláis de él diciendo lo que no es, sino que también lo maldecís, pues no quiere ser lo que decís: ¡prefiere vivir, a convertirse en un dios!⁹⁷.

18. La valentía ante el dolor y el sacrificio también se encuentra abundantemente ejemplificada entre los paganos

1. Ponéis el resto de nuestra obstinación en aquella acusación de que no rehusamos ni espadas, ni cruces, ni vuestras bestias, ni el fuego, ni los tormentos, por la dureza y el desprecio de la muerte que hay en nuestro ánimo. 2. Mas todas estas cosas vuestros mayores y antepasados aprendie-

ron no sólo a despreciarlas, sino también a pensar que eran muestra de fortaleza con gran alabanza. La espada... ¡cuántos y qué grandes hombres la aceptaron voluntariamente! Cansa continuar narrando esto. 3. Vuestro Régulo⁹⁸ comenzó con gusto la novedad de la cruz, [tortura] escondida primero y después frecuente⁹⁹; la reina de Egipto¹⁰⁰ empleó sus propios animales; la misma Dido enseñó a aquella mujer cartaginesa¹⁰¹, más constante que su marido Hasdrúbal, a arrojar al fuego en los últimos momentos de su patria. 4. Mas también una mujer ática¹⁰² sufrió tormentos por negarse al tirano¹⁰³, y por último, para no ceder ni el cuerpo ni el sexo, cortándose la lengua la escupió, quitándose así toda posibilidad de hacer una confesión. 5. Pero si se trata de vosotros, consideraréis estas cosas como título de gloria, si de nosotros, en cambio, se trata de testarudez. ¡Destruid, pues, la gloria de los mayores, para destruirnos también a nosotros! ¡Estad contentos con quitar la alabanza de vuestros padres al presente, no vaya a ser que nos deis un resquicio de escapatoria a nosotros! 6. Quizá en relación con estas cosas la mayor dureza de los tiempos antiguos exigía también caracteres más duros; mas ahora, debido a la tranquilidad de la paz, los caracteres son más suaves y las intenciones de los hombres, incluso con los ajenos, son más misericordiosas.

7. Nos decís: «Sea, comparáos con nuestros mayores; pero es necesario que continúe nuestro odio contra vosotros [los cristianos], puesto que no podemos aprobar lo que nos resulta ajeno». 8. Responded, pues, a cada una de las acusaciones. ¿No encuentro [yo también] en vosotros los mismos ejemplos? Pues, si por desprecio a la muerte, la espada ha originado extraordinarias narraciones entre los mayores, igualmente no es por amor a la vida por lo que autorizáis el uso de la espada a los maestros de gladiadores, ni por temor a la muerte os enroláis en el ejército. 9. Si es famosa la muerte de alguna mujer a causa de las fieras, [también es cierto que] vais a diario a las bestias, en medio de la mayor paz, por voluntad propia¹⁰⁴. 10. Si ninguno de vuestros Régulos ha sido todavía clavado a la cruz, instrumento para hincar el cuerpo, sin embargo alguno [de los vuestros] resultó que despreciaba el fuego, pues hace poco uno se apostó [una cantidad de dinero] a que recorría una cierta distancia vistiendo una túnica en llamas. 11. Si una mujer se apresuró a [recibir] los azotes, también esto lo sufrió uno que iba a entrar en [el orden de] los cazadores, pasando dos veces por una fila [de flageladores], y esto por no hablar de la gloria espartana¹⁰⁵.

19. La resurrección y el juicio no son ideas absolutamente extrañas en los escritos y tradiciones paganos

1. Hasta aquí, pienso, llegan los horrores de las obstrucciones cristianas. Y puesto que las tenemos en común con

vosotros, sólo queda que hablemos de lo ridículas que son nuestras creencias. 2. Toda nuestra obstinación se basa en nuestras creencias, pues confesamos la resurrección de los muertos. La esperanza de la resurrección es desprecio de la muerte. 3. Reíros, pues, cuanto queráis, de las mentes estupidísimas¹⁰⁶, que mueren para vivir; y para que riáis más fácilmente y con más resolución os burléis, tomando una esponja¹⁰⁷ o sacando la lengua borrad vuestros escritos, que aseveran igualmente que las almas tienen que volver a los cuerpos. 4. Mas, ¡cuánto más aceptable es nuestra creencia, que defiende que han de volver a los mismos cuerpos! ¡Y qué vanamente os han enseñado a vosotros que el espíritu del hombre morará en un perro, un mulo o un pavo!

5. De la misma manera anunciamos que cada uno conforme a sus méritos está destinado por Dios a un juicio después de la muerte; vosotros, en cambio, atribuíis este juicio a Minos y Radamante, rechazando al más justo Arístides¹⁰⁸. 6. Afirmamos también que después de aquel juicio los inicuos pasarán la eternidad en el fuego perpetuo, y los piadosos¹⁰⁹ e inocentes en un lugar delicioso. Entre vosotros tampoco se disponen las cosas de otra forma con el Pirifle-

getonte¹¹⁰ y los campos Elíseos¹¹¹. 7. Y no son sólo los mitógrafos y poetas los que cantan estas cosas. También los filósofos confirman la transmigración de las almas y el discernimiento del juicio.

20. En realidad no hay motivo para condenar a los cristianos, pues los paganos son lo mismo y creen las mismas cosas

1. ¿Hasta cuándo, pues, injustísimos paganos¹¹², no nos reconoceréis, es más, maldeciréis a los vuestros, puesto que no hay diferencia entre nosotros, que somos una y la misma cosa? 2. Puesto que no odiáis lo que sois, estrechadnos la mano, más bien, dadnos besos, abrazadnos, asesinos con asesinos, incestuosos con incestuosos, rebeldes con rebeldes, obstinados y vanos con sus iguales. 3. Hemos lesionado igualmente a los dioses, igualmente hemos provocado su indignación. 4. También vosotros tenéis un tercer género, aunque no es un tercer culto, sino un tercer sexo: apto tanto para el varón como para la mujer, mezcla de varón y hembra¹¹³. 5. ¿O es que con el solo trato os ofendemos? Pues suele la igualdad dar cabida a la envidia: así el alfarero envidia al alfarero y el herrero al herrero.

6. Pero ¡basta ya de falsas confesiones! La conciencia confiesa la verdad y la estabilidad de la verdad. 7. Todas estas cosas están sólo en vosotros y únicamente las refutamos nosotros –a quienes se nos han atribuido– pues cono-

ce mos bien la parte contraria, de donde se instruye la causa, se inspira la decisión y se formula la sentencia. 8. Por último, es vuestra la máxima «que nadie juzgue la causa sin oír a dos personas»¹¹⁴, pero sólo la olvidáis con nosotros. 9. Viciáis la naturaleza de las cosas, porque lo que no podéis negar con respecto a vosotros mismos, lo reprocháis a otros, o si recordáis algún crimen vuestro, este mismo lo arrojáis sobre los demás. 10. Vosotros que en este asunto os empeñáis, sois castos para los extraños, incestuosos con vosotros mismos; virtuosos fuera, sujetos al vicio en casa.

11. Esta es la injusticia: que somos juzgados los que sabemos por los que no saben, los inocentes por los culpables. Sacad primero la paja de vuestro ojo, para poder sacarla vosotros del ajeno¹¹⁵. 12. ¡Enmendaos vosotros primero, para castigar a los cristianos! A no ser que os arrepintáis y no castigéis más y os hagáis cristianos; es más, si fueseis cristianos seríais castigados. 13. Ved bien de qué nos acusáis y no nos acusaréis; reconoced de qué no os acusáis a vosotros mismos y os acusaréis. 14. Os es ya evidente, en la medida en que lo hemos hecho posible en estas pocas páginas, la calificación del error y reconocimiento de la verdad. 15. ¡Condenad la verdad si podéis, pero inspeccionándola, y aprobad el error, si es que así lo consideraréis conveniente, pero después de encontrarlo! 16. Porque si os está mandado amar el error y odiar la verdad, ¿por qué no conocéis lo que amáis y odiáis?